

La historia de ahora mismo

No queremos saber. Queremos, a lo sumo, informarnos – que con frecuencia es lo contrario. Saber requiere tiempo y voluntad, la intención de entender, el compromiso de entender; saber te dificulta el recurso habitual de hacerte el tonto.

No queremos saber: tantos y tantos no lo quieren. Frente a esas mayorías hay personas, pequeños grupos que intentan levantarse. Creen que sí hay que contar lo que muchos prefieren ignorar, y que oiga el que quiera, el que no haya aprendido a cerrar los oídos. Grupos, personas: Agus Morales es una de esas personas y el inspirador de uno de esos grupos. *5W* es la revista que dirige pero es, sobre todo, una actitud: la de querer saber a toda costa, sobre todas las costas.

Esa actitud es la que mueve este libro –para hablar de esos movimientos de personas que nos mueven el piso. Por eso su trabajo es un trabajo raro, que consiste en ver cosas que muchos no verán jamás: grandes desastres y pequeñas traiciones, esperanzas perdidas y esperas anhelan-

tes; la muerte de tan cerca como tantos la verán una vez sola. Y en buscar aquí y allá los temas decisivos, y hacer sentido con todo eso que nos llega como imágenes sueltas, pequeñas historias que no se inscriben en la historia, cifras que no sabemos descifrar.

Los movimientos de personas —la intención de millones de cambiar su lugar por las guerras, miserias, persecuciones varias— marcan estos años. Antes, durante décadas, los estados ricos habían mantenido las migraciones “en un nivel manejable”. Los extranjeros llegaban en cantidades controladas a países que los necesitaban para mandarlos los trabajos más brutos, peor pagados. Sus presencias producían algún choque, cierta incomodidad; nada que sociedades que se pensaban fuertes no se creyeran capaces de asimilar. Hasta que, junto con el siglo, empezó la transformación del Islam en el enemigo por excelencia: entonces algunos de esos migrantes se volvieron sospechosos, representantes del nuevo Mal Universal, y todo fue cayendo.

El miedo llegó a las cabezas y los televisores. De vez en cuando explotaba una bomba y explotaban los rumores de que sus responsables eran hijos de aquellos inmigrantes. Pero nada comparado a ese momento en que miles y miles se lanzaron a navegar, a marchar, a trepar hacia nuestros países. Los vemos, en general, a lo lejos, en las dos dimensiones de los televisores: naufragios con sus muertes, asaltos a los muros, campamentos de enfermos y de hambrientos. Y su efecto: esos reflejos de defensa, de rechazo que hicieron que muchos europeos revisaran la idea que se hacían de sí mismos.

Dentro de algunas décadas alguien postulará que Europa dejó de creerse Europa en esos meses del verano 2015, cuando decidió que ya no podía seguir simulando que era una tierra de asilo y libertades —porque los que pedían asilo y libertad era ajenos, eran la amenaza. Dentro de esas décadas, dirán que fue la amenaza de esa amenaza la que permitió que crecieran las derechas populistas, el control social, la vida cada vez más turbia. Dentro de esas décadas, entonces, los que quieran saber cómo fue aquello recurrirán a libros como éste. Y ahora también: los relatos de Agus Morales son una fuente inmejorable para saber —saber, no informarse— quiénes son esos que queremos ignorar, que queremos rechazar; de dónde vienen, por qué vienen, cómo, cuándo, adónde llegan los que llegan.

Y discutir qué son: él los pensaba como refugiados, cuenta Morales, hasta que se dio cuenta de que los que le interesaban no lo eran o no se sentían tales; que no podía nombrarlos desde afuera, que debía escucharlos, aprender cómo se pensaban ellos, cómo se definían —y contarlos. Contar docenas de historias de personas como Ulet, cuya existencia tan fácil ignoramos; esos que, como dice Morales, “si hubieran muerto en Libia nadie se habría enterado”. Y restituir alrededor de esas historias particulares los datos generales que las hacen comprensibles, explicativas, elocuentes: útiles. Todo, narrado con la firmeza y la elegancia de un cronista confirmado: un periodista en serio.

Hace un par de años pensé mucho en intentar escribir algo así, un libro sobre los nuevos muros; desde entonces, cada tanto, volvía a preguntarme por qué no lo hacía. Ahora puedo contestarme sin más dudas: porque Agus

Morales ya lo hizo. Por eso es un orgullo y una satisfacción y un trago amargo presentar este libro –que, más bien, querría haber escrito.

Martín Caparrós

«La violencia es cada vez más un asunto
de grupos periféricos»

Gilles Lipovetsky: *La era del vacío*

¿Por qué nos matamos? ¿Qué motivo te empujaría a matar? ¿Empuñarías las armas por tu país? ¿Por valores? ¿Por una bandera? ¿Por tu familia? ¿Has matado? ¿Te sería fácil matar? ¿Crees que el peso de la ley caería sobre ti? ¿Tienes armas en casa? ¿Y si las tuvieras? ¿Dónde están tus límites? ¿Matarías si todo el mundo a tu alrededor lo hiciera? ¿Crees que tu vecino sería capaz de matarte? ¿Y alguno de tus seres queridos? ¿Te han amenazado? ¿Has pensado alguna vez en huir? ¿Cuánto tiempo aguantarías una situación de violencia extrema? ¿Cuál es tu línea roja, que cayeran bombas sobre tu casa, que un ejército rodeara tu barrio, que una pandilla te extorsionara, que un grupo terrorista controlara tu ciudad? ¿Dejarías a tus hijos atrás? ¿Te quedarías? ¿Y si tu hija no quisiera huir? ¿Sabrías adónde ir? ¿Cómo organizarías la huida? ¿A qué

esperas? ¿Te sentirías después con derecho a pedir asilo? ¿A tener un techo? ¿A comer? ¿A quién se lo pedirías? ¿Matarías a los que te obligaron a huir? ¿Por qué no? ¿Y si los que te obligaron a huir fueran los mismos que asesinaron a tu amigo de la infancia? ¿Y si fueran los mismos que violaron a tu sobrina? Y si los mataras, ¿se lo contarías a los que pides que te ayuden? ¿Cuánto estarías dispuesto a perdonar? ¿Aceptarían tus amigos y tu familia que perdonaras? ¿Cuánta energía emplearías en la venganza? Si no mataras, ¿te atreverías a contar lo que te hicieron? ¿En una conversación privada? ¿A la prensa? ¿Te sentirías utilizado? ¿Crees que alguien te ayudaría? ¿Crees que el mundo te escucharía? ¿Por qué a ti sí y a otros no? ¿Hasta dónde llega tu solidaridad? Si escaparas, ¿ayudarías a los que huyen como tú? ¿Qué precio estarías dispuesto a pagar? ¿Compartirías techo con otra familia? ¿Y si no hubiera espacio para tus hijos? ¿Y si la familia fuera del otro bando? ¿Te has sentido alguna vez perseguido? ¿Formas parte de una minoría? ¿Has extorsionado a alguien? ¿Han atacado a los tuyos? ¿Mentirías sobre lo que te ha pasado para que te dieran el asilo? ¿Has sufrido un ataque racista? ¿Has puesto la otra mejilla? ¿Te lo puedes permitir? ¿Hay guerra en tu país? Seguro que alguna vez la hubo. ¿Tus padres son migrantes? ¿Escaparon de la pobreza o de la violencia? ¿O de ambas? ¿Eres migrante? ¿Cómo te han acogido? ¿Hablas su idioma? ¿Alguien habla el tuyo? ¿Acogerías a un musulmán en tu casa? ¿Crees que los muros son necesarios? ¿Y las fronteras? ¿Qué hay que hacer con los flujos de población? ¿Crees que alguien tiene que controlarlos? ¿Te sientes amenazado por la gente que

huye? ¿Te jugarías tu vida y la de tus hijos subiéndote a una patera sin saber nadar? ¿Qué está pasando ahora mismo en Kabul? ¿Y en San Pedro Sula? ¿En Alepo? ¿Calais? ¿Bangui? ¿Peshawar? ¿Dadaab? ¿Qué piensas de los campos de refugiados? ¿La indiferencia es violencia? ¿Eres refugiado? ¿Tienes la certeza de que nunca lo serás?

* * *

—¿Por qué estáis aquí?

Aquí es el mayor campo de refugiados sirios del mundo. Aquí es el campamento de Zatari, en Jordania. Aquí es una de esas caravanas que dibujan las calles y avenidas de este campo, a las que llaman Downing Street o Campos Elíseos: uno nunca sabe si de forma irónica o romántica. Aquí es la casa en el exilio de una familia siria que huyó de los bombardeos.

—¿Por qué estáis aquí?

Aquí es una esterilla árabe: el padre, sentado junto a mí, sonríe, mira a su hija de cuatro años y prepara su respuesta perfecta.

—Díselo. Explícale a este señor por qué estamos aquí —dice el padre con sorna.

—*Sauarij*.

Misiles, dice la niña en árabe. Ni siquiera aparta la mirada de sus juguetes mientras pronuncia la palabra, que sale con dulzura de sus labios: *sauarij*.

* * *